



nueva por la ciudad, y toda la ciudad comenzó á dar alaridos. Y oyó Héli el ruido de los clamores, y dijo: «¿Qué ruido de alboroto es este?» Y el hombre llegó apresurado, y dió la noticia á Héli. Héli era entonces de noventa y ocho años, y sus ojos se habian oscurecido y no podia ver. Y dijo á Héli: «Yo soy el que he llegado de la batalla, y yo el que he escapado del combate.» Héli le dijo: «¿Qué ha sucedido, hijo mio?» Y respondió el que traía la nueva, diciendo: «Huyó Israel delante de los filisteos, y se ha hecho un grande destrozo en el pueblo, y tambien han perecido tus dos hijos Ofni y Fineés, y el arca de Dios ha sido cautivada.» Y cuando el hombre nombró el arca de Dios, cayó de espaldas de la silla, cerca de la puerta, y quebradas las cervices, murió, pues era hombre anciano y de edad decrepita, y juzgó él á Israel cuarenta años. Mas su nuera, la mujer de Fineés, estaba preñada y cercana al parto, y cuando oyó la nueva de que quedaba cautiva el arca de Dios, y de que habian muerto su suegro y su marido, encorvóse y parió, porque fué improvisamente sorprendida de los dolores. Y al momento mismo de espirar dijeron las que estaban cerca de ella: «No temas, que has parido un hijo.» La cual no las respondió ni hizo alto. Y llamó al niño Icabod, diciendo: «Pasada es la gloria de Israel, porque ha sido cautivada el arca de Dios, y por la pérdida de su suegro y de su marido.» Y dijo: «Pasada es la gloria de Israel, por haber sido cautivada el arca de Dios (1).»

Así murió aquella verdadera israelita; así murió su suegro el gran sacerdote y juez Héli, á quien la Escritura nos pinta en pocos rasgos, pero rasgos que sólo ella es capaz de pintar. Dignidad llena de dulzura, celo sincero por la gloria de Dios, resaltan en sus palabras y en sus acciones. Por lo que hace á Héli y á sus hijos, su benignidad, por otra parte tan amable, degeneró en culpable connivencia y se hizo cómplice de los escándalos que aquellos desgraciados daban al pueblo. Es verdad que más de una vez les echó en cara sus desórdenes; pero nunca les castigó. Su reprensión, que no

(1) Reg., 4, 10-22.

afectó más que al mismo, es inútil para ellos, y por efecto de su debilidad fué causa para él de aquel aviso amenazador de Dios por su profeta. Parece que contra su voluntad, sus hijos llevaron de Silo el arca de la alianza. Él no lo impidió, y esta fué la causa de su inquietud. El ciego anciano estaba sentado con el rostro vuelto hácia el camino para oír los pasos del viajero que pudiera darle nuevas del arca de Jehová, sentado entre los querubines. El tumulto del pueblo que se lamentaba, no le hizo perder su calma. «¿Qué ha sucedido, hijo mio,» pregunta al mensajero. Sabe la derrota de Israel y no ignora la muerte de sus dos hijos, pero cuando sabe que el arca de Jehová ha caído en manos de los enemigos, su corazón se parte de dolor y de pena antes de que se rompa la cabeza, y muere.

Es indudable que no puede justificarse á aquel venerable anciano, puesto que la Escritura le dirige tan severos cargos. ¿Pero quién le condenará sin piedad? ¿Quién se atreverá á sostener que este castigo terrible con que Dios le hirió en el tiempo no le habrá salvado en la eternidad? Veán, pues, por este ejemplo los padres y madres de familia con qué severa bondad deben educar á sus hijos y con qué rigor Dios castigará su negligencia en este asunto, por más que sean irrepreensibles en cualquiera otro.

Orgullosos por su victoria los filisteos, y dueños ya del arca santa, cuya llegada al campo de Israel les habia antes asustado, la llevan triunfantes á Azoto, al templo de su dios Dagon. Según todas las apariencias, este ídolo representaba en su parte superior una figura humana y terminaba con una cola de pescado. Diodoro de Sicilia nos dice que, en una de las más famosas ciudades de los filisteos, Ascalon, se adoraba una divinidad que tenia la cabeza de mujer y el resto del cuerpo de pescado (1).

El nombre mismo de Dagon, que le da la Escritura, y que en hebreo significa pescado, lo hace así comprender. Sea de ello lo que quiera, luego que se hubieron levantado las gentes de la ciudad al rayar el sol, hallaron al ídolo

(1) Reg., 5, 1-5.



por tierra delante del arca de Jehová. Colocáronle en su primitivo puesto. Al día siguiente se encontraron con que, no sólo estaba por tierra, sino hecho pedazos. El tronco yacía en tierra delante del arca, y la cabeza y las manos estaban sobre el umbral de la puerta. De aquí la costumbre que los sacerdotes y demás filisteos introdujeron de no posar el pié sobre el umbral del templo cuando entraban en el de Dagon (1). Quizás pasara de Siria á Roma esta misma costumbre, pues en tiempo de Augusto se tenia por sagrado el umbral de los templos.

Al mismo tiempo, los habitantes de la ciudad y de sus alrededores sufrían dolorosas y agudas enfermedades. Además, una multitud de ratas inundó los campos. Viéndose presa de la confusión y de la muerte, exclamaron los habitantes de Azoto: «Que el arca del Dios de Israel no permanezca más tiempo entre nosotros, pues su mano se hace demasiado pesada para nosotros y para nuestro dios Dagon.» Consultando entre sí los príncipes de los filisteos, la hicieron trasportar á Geth. Pero el mismo azote agobió también á aquel pueblo, siendo heridos desde el más pequeño hasta el más grande, dejando asomar sus entrañas corroidas y corrompidas. Cuando de allí la llevaron á Accaron, los habitantes exclamaron: «Nos han traído el arca del Dios de Israel para que también á nosotros nos castigue y á nuestro pueblo. Llevadla al lugar donde primitivamente estaba.» En efecto, el espanto y la muerte se extendió por la ciudad entera; la mano de Dios pesaba de tal suerte, que su llanto subió al cielo (2).

Al ver los sátrapas de los filisteos que el arca del Eterno así habia castigado á todo el país por espacio de siete meses, convocaron á los adivinos y sacerdotes, y les dijeron: «¿Qué haremos del arca de Jehová? Decidnos cómo la podremos enviar al lugar en que antes estaba.» «Si volveis á enviar el arca del Dios de Israel, no la enviéis vacía, sino pagadle lo que debeis por el pecado, y entonces sanareis, y sabreis por qué su mano no se aparta de vosotros.» La ofrenda que llevaréis por el pecado consistirá

(1) Diodoro, 1-2.

(2) 1 Reg., 5, 6-12.

en figuras de oro que representen, las unas la enfermedad con que habeis sido afligidos, y las otras el azote que ha assolado los campos, todas en número de cinco, en significacion de las cinco principalidades de los filisteos. Rindiendo así un tributo de gloria al Dios de Israel, es posible que retire su mano de vosotros, de vuestros dioses y de vuestra tierra. ¿Por qué habeis de endurecer vuestro corazón como los egipcios y como Faraon? ¿No fué despues de ser herido cuando les dejó ir y se fueron (1)?»

Segun ya lo hemos observado, se ve que en tiempo de Héli y de Samuel conocían las naciones el poder soberano del Dios de Israel y las plagas terribles con que habia castigado al Egipto. Las que sirvieron de aflicción á los filisteos, pueblo navegante y comercial, debieron aumentar el conocimiento y el temor de su nombre. Fácil era reconocer, con los sacerdotes de la Palestina, que Jehová estaba sobre los dioses de la Siria, sobre los dioses del Egipto, y por consiguiente sobre los dioses importados de allí á la Grecia; era fácil reconocer, en una palabra, que El es el Dios de los Dioses, como á sí mismo se llama.

No quisieron concluir aquellos sacerdotes: «Este Dios tan poderoso, que aplasta lo mismo á los dioses que á nosotros, como en otro tiempo hizo del Egipto y de sus dioses, merece ser adorado segun El nos lo prescribe, y que abandonemos nuestro imponente ídolo de brazos y cabeza mutilados.» Pero no, aquel ídolo tan absurdo, que para pintar el ideal del ridículo nada mejor ha podido encontrar el poeta; rostro de mujer hermosa, terminando en horrendo y asqueroso pez (2); aquel Dagon informe, que yace por tierra hecho pedazos y arrojado sobre el umbral de la puerta, en señal de cosa inmunda é inútil, le recogerán aquellos infelices y le gobernarán y le asegurarán en su puesto con tornillos y clavos. Para el Dios vivo, que les ha hecho sentir tan eficazmente lo que es, no pensarán más que en enviarle honrosamente su arca á fin de no perecer por completo. Como ellos,

(1) 1 Reg., 6, 1-6.

(2) ....Ut turpiter atrum desinat in pi cem mulier formosa superne, spectatum admissi risum tenentis, amici. Horacio. *De Arte Poética*.



todos los filisteos reconocen el soberano poder del Dios de Israel; como ellos, creen y tiemblan; como ellos, se detienen de espanto. Es de creer, sin embargo, que si la mayoría del pueblo quedó allí, algunos individuos hicieron algo más. En efecto, veremos un cuerpo de seiscientos filisteos, de Geth, venir á las órdenes de David, y que su jefe les dice con ocasion de la rebelion de Absolon: «Vive Jehová y vive el rey mi señor, que en cualquiera parte que estuvieres señor rey mio, ó para muerte ó para vida, allí estará tu siervo (1).» Siempre es cierto que Dios nunca ha dejado de tener sus servidores, aun en medio de las naciones infieles. En el momento en que los filisteos triunfan de los israelitas, es cuando Dios también triunfa de ellos y les obliga públicamente á que le rindan homenaje.

Los sacerdotes y adivinos determinaron hacer un carro donde colocar el arca, y que uncieran á él dos vacas recién paridas, que no hubieran llevado nunca el yugo y que encerrarán sus crías en un establo, y así uncidas las dejarán ir, sin que nadie las condujera. Es evidente que sin un instinto muy particular, las vacas no se habrían de separar mucho del lugar donde estaban encerradas las crías. «Y estareis en observacion, y si subiere por el camino de sus términos hácia Bethsamés, Él es el que nos ha hecho este grande mal; pero si no há sido él, sabremos que no es su mano la que nos ha herido, sino que ha sido por acaso.» Ellos, pues, lo hicieron de este modo; y tomando dos vacas que amamantaban sus becerros, las uncieron á un carro y encerraron en casa los becerros, y pusieron sobre el carro el arca de Dios... Las vacas iban derechamente por la carretera que va á Bethsamés, y seguían el mismo camino andando y bramando, y no se desviaban ni á la derecha ni á la izquierda; y los sátrapas de los filisteos fueron siguiendo hasta los términos de Bethsamés (2). Los bethsamitas estaban segando los trigos en un valle, cuando con inmenso júbilo apercibieron á lo lejos el arca del Eterno. El carro que la llevaba vino

(1) 2 Reg., 15, 21.

(1) 1 Reg., 6, 7-12.

á parar en el campo de Josué, de Bethsamés, donde se detuvieron las vacas. Siendo Bethsamés una ciudad sacerdotal, los levitas que en ella se encontraban colocaron el arca sobre una gran piedra que estaba en el campo; los demás cortaron la madera del carro y sobre ella colocaron las vacas, y las ofrecieron en holocausto juntamente con otras víctimas. Sin embargo, la ley prohibía, bajo pena de muerte, aun á los levitas, el mirar en descubierto el arca de Jehová (1).

Pero en la inmensa multitud que debió naturalmente acudir de todas partes, muchos, olvidando aquellas prescripciones tan explícitas, no sólo miraron el arca por fuera con una indiscreta curiosidad, sino que teniendo en cuenta la fuerza de la expresion hebrea, llevaron su osadía hasta mirarla por dentro. Para recordarles el temor y respeto que se debía tener á su santuario, Dios castigó á un gran número. La mayor parte de los intérpretes y los más hábiles, á imitacion de San Jerónimo y del historiador Flavio Josefo (2), entienden que fueron setenta hombres los castigados por Dios, de cincuenta mil que habia reunidos, ó que por su consideracion equivalian á cincuenta mil del pueblo bajo. El pueblo de Bethsamés lloró por que el Eterno le habia castigado con tan terrible azote, y dijo: «¿Quién podrá estar en presencia de Jehová, de este Dios santo, y á quién subirá desde nosotros?» Y enviaron mensajeros á los habitantes de Cariathiarim, diciendo: «Los filisteos han vuelto el arca del Señor; venid y llevadla otra vez á vosotros.» Viniendo, pues, los hombres de Cariathiarim, se llevaron el arca del Eterno y la colocaron en casa de Abinadab, situada en el lugar más elevado de la ciudad, llamada á causa de su altura Gabaa, y consagraron á su hijo Eleazar para que fuera el depositario del santuario (3). Segun Josefo, Abinadab era de la tribu de Leví (4).

Desde que el arca del Señor fué llevada á Cariathiarim trascurrieron veinte años, en los cuales Israel tuvo paz, uniéndose sinceramente á su

(1) Núms. 4, 16-20.

(2) Lyran, Estius, Ménoch, Tirin.

(3) 1 Reg., 6, 13-21 y 7, 1-2.

(4) Josefo, *Antiq.*, lib. VI, c. II.



Dios. Aquel gran castigo habia producido verdaderos frutos de penitencia, y con la exhortacion de Samuel, que entonces era juez, habian abandonado los ídolos y ya no servian más que á Jehová. Segun la órden de Samuel, todo Israel se reunió en Masphath; allí rogó por el pueblo, á quien excitó al arrepentimiento de sus faltas, les confesó ante el Eterno, y en expiacion ordenó un dia de ayuno.

Habiendo sabido los filisteos que por órden de Samuel se habian reunido los hijos de Israel en Masphath, probablemente armados, marcharon contra ellos. Estos comenzaron á temblar, y dijeron á Samuel: «No ceses de pedir por nosotros á Jehová, nuestro Dios, para que nos libre de los filisteos.» Samuel tomó entonces un cordero y le ofreció entero en holocausto, implorando al Eterno por su pueblo; y el Eterno le escuchó. No habia aún acabado Samuel su sacrificio, cuando los filisteos, aliados

con los tirios, empezaron el combate contra Israel. Los guerreros que salieron de Masphath, aceptando el combate, fueron persiguiendo á los filisteos hasta Bethchar. Samuel tomó una piedra, que colocó entre Masphath y Sen, y llamó á aquel lugar Aben-Ezer, piedra del socorro, diciendo: «El Eterno nos ha socorrido hasta aquí.» Era este el mismo lugar en que el arca habia sido cogida. Así fueron humillados los filisteos, no atreviéndose en lo sucesivo á acercarse á la frontera de Israel, pues mientras los dias de Samuel, la mano del Señor fué contra los filisteos. Y fueron restituidas á Israel las ciudades que los filisteos habian tomado de Israel, desde Acaron hasta Geth y sus términos. Habia igualmente paz entre el pueblo de Dios y los amorreos (1).

(1) 1 Reg., 5-1. Ibid., 7, 2, 14.